

Lección 14

8 de marzo de 1967

En resumen, lo que instauro es un método sin el cual puede decirse que todo lo que, en un cierto campo, queda implícito respecto a lo que define ese campo, a saber, la presencia como tal del sujeto, pues bien, ese método que instauro consiste, permite precaverse, si puede decirse, de todo lo que esta implicación del sujeto en ese campo introduce allí a modo de *fallace*¹, de “falsidad” en la base. En últimas, es algo de lo que uno se da cuenta al tomar un poco de distancia, si este método tiene en efecto toda esta generalidad (y, por supuesto, no partí de un objetivo tan general, y hasta diría que es algo de lo que yo mismo me doy cuenta *a posteriori*), que llegue un día en que este método se lo utilice para volver a pensar las cosas allí donde son más interesantes –en el plano político, por ejemplo– ¿por qué no?

Cierto es que, con alquileres suficientes, algunos de los esquemas que doy encontrarán allí su aplicación. Tal vez hasta sea allí donde tendrán mayor éxito, porque en el terreno para el cual los forjé, eso no está jugado de antemano. Dado que tal vez sea ahí, en ese terreno, en ese terreno que es el del psicoanálisis, donde una cierta² sin salida, que es precisamente aquella que manifiestan lo que yo llamo (y no son unívocas) las *fallaces* del sujeto, logra resistir mejor.

En fin, no obsta que es ahí donde esos conceptos se habrán forjado y que puede decirse, además, que toda la contingencia de la aventura, a saber, la manera misma de lo que habrán tenido que afrontar esos conceptos, a saber, por ejemplo, la teoría analítica tal como ya se forjó, tal como han de introducir allí corrección, esta teoría analítica y la dialéctica misma de la dificultad que habrá implicado su introducción en la teoría analítica, aún a manera de resistencia (aún a manera de resistencia en aparente enteramente accidental, exterior), todo eso viene en cierta forma a contribuir a las modalidades bajo las cuales yo las habré precisado. Quiero decir, que lo que puede llamarse la resistencia de los psicoanalistas mismos a lo que es su propio campo, es tal vez lo que aporta el más deslumbrante testimonio sobre las dificultades que hay que resolver, quiero decir, por su estructura misma.

¹ La palabra no existe en francés, tampoco en inglés. Tal vez transcriba fonéticamente la palabra española *falaz*, o la italiana *fallace* [T.]

² Lacan pronuncia: “*un impasse*”, igual que Voltaire [S.].

Esa es la razón por la que hoy llegamos a un terreno aún más vivo en el momento en que les hable de lo que situé en la cuarta cima del cuadrángulo, que calificaremos (supongo que mis oyentes de hoy estaban todos aquí, en mis dos lecciones anteriores), que calificaremos, ese cuadrángulo, como el que connota el MOMENTO DE LA REPETICIÓN. La repetición, dije, a lo que responde, en tanto fundador del sujeto, el *paso* del *acto*. Les mostré, insistí (volveré hoy sobre esto porque hay que volver) la importancia, en ese estatuto del acto, que tiene el acto sexual. Sin definirlo como *acto* es imposible, absolutamente imposible situar, concebir, la función que Freud le dio a la sexualidad en lo que concierne a la estructura de lo que ha de llamarse con él la satisfacción, satisfacción subjetiva, *Befriedigung*, que no podría concebirse desde otro lugar diferente a aquel donde se instituye el sujeto como tal.

Es la única noción que funciona de una manera que pueda darle un sentido a esta *Befriedigung*.

Para darle a este acto sexual las coordenadas estructurales por fuera de las cuales nos es imposible concebir su lugar en aquello de que se trata, a saber, la TEORÍA freudiana, nos hemos visto llevados a hacer funcionar uno de los resortes más ejemplares del pensamiento matemático. Seguramente, cuando hago uso de tales medios, se entiende bien que se alcanza allí algo siempre parcial, parcial para quien no tendrá que conocer de la teoría matemática sino aquello de lo que me habré servido yo mismo a manera de instrumento. Pero, por supuesto, la situación puede cambiar para quienquiera que conozca el lugar de tal resorte que, con mi parte, sin duda, la mía, de inexperiencia, extraigo, créanlo sin embargo, no sin saber cuáles son las ramificaciones de aquello de que me sirvo en el conjunto de la teoría matemática, y no sin haberme asegurado de que para [*sic*] cualquiera que quisiera hacer uso más profundo de esto, encontraría –en el conjunto de la teoría, en los puntos precisos que escogí para fundar tal estructura–, encontraría todas las prolongaciones que le permitirían darle allí una justa extensión.

Algún eco me llegó que, al escucharme hablar del acto sexual, al servirme para estructurar las tensiones de lo ternario que me aportaba la proporción del número de oro, alguien dejó salir entre dientes este comentario: “la próxima vez que yo vaya a tirar, ¡ojalá no se me olvide mi regla de cálculo!”. Seguramente, este comentario contiene todo el carácter divertido que se le atribuye al chiste, que sin embargo yo he de tomar entre chiste y chanza habida cuenta que el responsable de esta divertida salida es un psicoanalista. Porque, a decir verdad, pienso, muy precisamente, que el éxito del goce en la cama está hecho esencialmente, como pudieron verlo,

–volveré a poner los puntos sobre las íes–, del *olvido* de lo que podría hallarse en la regla de cálculo. ¿Por qué es tan fácil de olvidar? Insistiré sobre esto una vez más dentro de poco, ahí está todo el resorte de lo satisfactorio que hay en últimas en lo que, por otra parte (subjektivamente), se traduce por castración. Pero es bien claro que un psicoanalista no podría olvidar que es en la medida en que otro acto le interesa (que llamaremos, para introducir su término hoy, el ACTO PSICOANALÍTICO) que se puede exigir algún recurso a la regla de cálculo, evidentemente.

Por supuesto, la regla de cálculo, para evitar todo malentendido, no consistirá en este caso en utilizarla para leer allí (todavía no hemos llegado a eso), lo que se lee en el encuentro de dos rayitas; sino, en la medida en que porta en sí misma una medida que no tiene más nombre que la de logaritmo, nos provee en efecto algo que no deja de tener relación con la estructura que evoco.

El acto psicoanalítico tiene algo sorprendente –hay que llamarlo así en referencia al conjunto de la teoría–, tiene algo sorprendente que nos permitirá hacer un comentario que tal vez algunos han notado en las márgenes de lo que he enunciado hasta aquí, y es esto: insistí en el carácter de *acto* de lo que concierne al acto sexual. Se podrá notar al respecto que todo lo que se enuncia en la teoría analítica parece destinado a *borrar* (como lo hacen esos seres sufrientes o insatisfechos por diversas razones, de los que nos hacemos cargo) ¡el carácter de acto que hay en el hecho del encuentro sexual!

Toda la teoría analítica acentúa la modalidad de la *relación [relation]* sexual declarada (en buen o mal lugar, en todo caso por diversas razones y por razones sobre las cuales me permití plantear en varias ocasiones ciertas objeciones), calificar como más o menos satisfactoria tal o cual forma de lo que se llama la *relación [relation] sexual*. Puede uno preguntarse si esa no es una manera de eludir (y hasta de ahogar lo que tiene de vivo, de tajante, propiamente hablando, puesto que ahí se trata de algo que tiene la misma estructura de *corte*, que la que pertenece a todo acto), lo que concierne propiamente al acto sexual.

Como es un corte que, como toda nuestra experiencia lo demuestra de manera superabundante, no va de suyo y no da, propiamente hablando, un resultado de simple equidad, como dan por resultado todo tipo de anomalías estructurales (por lo demás, perfectamente articuladas y ubicadas, si no concebidas en su verdadero alcance en la teoría analítica), es claro que el hecho de eludir lo que concierne al relieve como tal del acto, es seguramente algo que

tiene que ver con lo que llamaría el temperamento, el modo temperado como la teoría se adentra en el propósito manifiesto de no arrastrar consigo demasiado escándalo.

Donde lo peor, por supuesto (y sin embargo no parece haber sido reducido por esta prudencia), es que el acto sexual, a partir de entonces —e independientemente de nuestra aspiración a la libertad de pensamiento—, que el acto sexual, contrariamente a lo que pudo afirmarse en tal o cual zona,³ y el examen objetivo que resulta de la ética, pues bien, hay que decirlo —ya lo reconozca o no la teoría, ya sea que ponga allí el acento o no ¡poco nos importa!—, la experiencia, me parece, prueba de manera superabundante que desde el tiempo, que no data de ayer, en que entre las numerosas tentativas que se han hecho, más o menos heredadas de las experiencias complejas en otro sentido, que fueron aquellas de lo que se llama el tiempo del *hombre del placer*, que en lo que pudo culminar, en ciertas fórmulas extremadas por los medios libertarios de comienzos de ese siglo por ejemplo (de los cuales había todavía algunos ejemplares sobrenadando, flotando en algunos medios, en otros terrenos seguramente serios, entiendo terrenos revolucionarios), se pudo ver aún mantenerse la fórmula de que, en últimas, en fin, el acto sexual no debía ser tomado como teniendo más importancia que tomarse un vaso de agua. Eso se decía, por ejemplo, en ciertas zonas, en ciertos grupos, en ciertos sectores, en el medio de Lenin. Recuerdo haber leído en otro tiempo, en Alemania, un pequeño volumen muy bonito que se llamaba *Wege der Liebe*,⁴ si todavía me acuerdo bien del título (se trataba del comienzo, antes de la guerra, de algo que se parecía mucho al libro de bolsillo, y en la cobertura aparecía el encantador hocico de Madame Kollontai —era el primer equipo—, y ella fue, si me acuerdo bien, embajadora en Estocolmo), eran encantadores cuentos sobre ese tema. Habiendo pasado el tiempo, y una vez que las sociedades socialistas obtuvieron la estructura que conocen, es claro que el acto sexual no ha pasado aún al rango de lo que satisface en el *snack-bar*, y para decirlo todo, que el acto sexual aún lleva consigo y debe llevarlo por mucho tiempo, esa especie de extraño efecto de no sé qué... discordante, deficitario, en fin, algo que no se soluciona y que se llama culpabilidad. No creo que todos los escritos de las mentes elevadas que nos rodean, y que se titulan... cosas como *El universo mórbido de la falta*,⁵ por ejemplo, ¡como si ya se lo hubiera conjurado! (lo escribió uno de mis amigos, prefiero siempre citar gente que me cae bien); todo

³ “en tal o cual *cosa del examen*” (en la versión dactilografica).

⁴ Kollontai, Alexandra Mihailovna, *Wege der Liebe, drei Erzählungen*, ed. Morgenbuch Verlag, reedición 01-1992. [D.].

⁵ Hesnard Angelo, *L'univers morbide de la faute*, PUF, París, 1949.

eso no soluciona el asunto y no hace que por ello no tengamos que ocuparnos, tal vez todavía durante bastante tiempo, de lo que queda enganchado de este universo en torno a los fracasos, digamos, en torno a los fracasos cuyo estatuto justamente se ha de considerar (tal vez esos fracasos le son esenciales), de los fracasos, digo, o no fracasos, de la estructura del acto sexual.

Por lo cual, creo tener que volver muy sucintamente, es cierto, pero volver otra vez sobre lo insuficiente que tiene la definición que se nos puede dar en cierto registro de *homilía bendicidora* respecto a lo que se llama el *estadio genital*, sobre lo que constituiría la estructura ideal de su objeto. No está de más remitirse a esta literatura. Que, en verdad, la dimensión de la ternura que se evoca allí sea algo seguramente respetable no hay que dudarlo, pero que se la considere como una dimensión en cierta forma estructural es algo sobre lo que no creo vano aportar una respuesta. Quiero decir, ante todo, que igualmente no es tampoco absolutamente...

-¿Qué sucede?⁶ ¿Qué? Ya ven, ¡justo en este momento!

Retomemos. Este incidente me dará la oportunidad de zanjar y hasta de resumir lo que pienso que tengo para decir de esta famosa ternura... [risas] podríamos pensar un poco en eso.⁷

Hay un aspecto de la ternura, y tal vez toda la ternura, que podría precisarse con cierta fórmula muy parecida a ésta: *que nos conviene tener conmiseración respecto a la impotencia de amar*. Estructurar esto a nivel de la pulsión como tal no es fácil. Pero, igualmente, para ilustrar lo que convendría articular, respecto a lo que concierne al acto y a la satisfacción sexual, tal vez sería bueno recordar lo que la experiencia impone al psicoanalista de la *ambi...güedad* —ellos llaman a esto “ambivalencia”, y además se ha usado tanto esa palabra “ambivalencia” ¡que ya no quiere decir nada!—, de la *ambigüedad* del amor.

¿Acaso un acto sexual es menos un acto *sexual*, es un acto inmaduro, habrá de remitirse para nosotros al campo de un sujeto inacabado, que se ha quedado pegado a un atraso a cierto estadio arcaico, si se lo comete (el acto sexual) sencillamente en el *odio*?

El caso no parece interesar a la teoría analítica. Es curioso... no he visto que ese caso se subraye en ninguna parte.

-¿Aún se oye? ¿Funciona todo este aparataje o tengo que alzar la voz? ¿Allá en el fondo? ¿Todavía sirve? Ah, muy amable, eso. ¿Qué? ¿Ah? ¡Usted no escucha! ¡Entonces esto no funciona!

⁶ El cable de un micrófono comienza a arder.

⁷ “un tanto echada a perder” [Dorgeuille].

PARA INTRODUCIR la consideración de esta dimensión tuve que hacer uso, en un seminario ya antiguo (¡bueno, en los tiempos en que el seminario era un seminario!)⁸ de la pieza de Claudel, bastante conocida, más exactamente de la trilogía que comienza con *El rehén*.

Los amores de Turelure y de Sygne de Coûfontaine, ¿son o no una conjunción inmadura?

Lo admirable es que yo creo haber dado ampliamente valor a los méritos y a las incidencias de esta trilogía trágica. Debo decir, igualmente, sin que nadie, en mi opinión, de entre mis oyentes se haya dado cuenta de su alcance. No es sorprendente puesto que no tuve el cuidado de subrayar expresamente este asunto preciso y que en general los oyentes, según todos los ecos que he recibido, evitan fácilmente ese punto. Hay dos especies: los que siguen al señor Claudel en su resonancia religiosa del plano donde sitúa una tragedia que seguramente es una de las más radicalmente anticristianas (entre comillas) que hayan sido forjadas jamás, por lo menos respecto a un cristianismo de buen tono y de emoción tierna. Los que lo siguen en esta atmósfera piensan que Sygne de Coûfontaine, por supuesto, queda en todo esto intacta. Al parecer, no es lo que ella parece articular en el drama ¡pero no importa! Se escucha a través de ciertas pantallas... Cosa curiosa, los oyentes que no deberían sentirse incomodados por esta pantalla (a saber, los oyentes no religionados de entrada) parecen igualmente no querer escuchar nada de lo que se trata muy precisamente...

Como sea, ya que no tenemos otras referencias a nuestro alcance (quiero decir, al alcance de la mano aquí, desde lo alto de una tribuna), dejo sin embargo subrayada la pregunta de saber si un acto sexual consumado en el odio es por eso menos acto sexual “de pleno alcance”, diría yo.

Llevar la pregunta hasta ese nivel desembocaría en muchos rodeos, que no serían estériles pero donde no puedo entrar hoy. Básteme con señalar, en la teoría reinante respecto al estadio genital, otro rasgo que parece mal enlazado con aquellos de los que me sirvo, a saber, el carácter si puede decirse, limitado, moderado, temperado de toda manera, que tomaría allí la afección del duelo. El signo de la madurez genital, al consistir en que este objeto, realizado en el cónyuge (porque en últimas se trata de una fórmula que tiende a adaptarse a unas costumbres tan conformes como se las pueda anhelar...), sería normal y signo de la misma madurez que se pueda hacer –en un tiempo que llamaremos decente– el duelo de este objeto.

⁸ Seminario *La Transferencia, en su disparidad subjetiva, su pretendida situación, sus excursiones técnicas*. Cfr. las cuatro lecciones de mayo de 1961.

Ahí hay algo, ante todo, que hace pensar que estaría en la norma de lo que se llama una madurez afectiva, que sea el otro quien parta de primero... Esto recuerda la interesante historia que, sin duda, sería la de algún psicoanalizado de quien Freud da cuenta en alguna parte, ese señor que... ¡vienes, por supuesto! es una historia vienesa... que le dice a su mujer “cuando uno de los dos haya muerto, iré a París”. Es curioso (aquí no hago más que comentarios por esta vía burda de oposición contrastada) que no se haya evocado nunca, tampoco en la teoría, nada concerniente (referente al sujeto maduro) concerniente al duelo que éste, él, llevará consigo; que bien podría ser una característica que podría contemplarse seriamente ¡respecto al estatuto del sujeto! ¡Es probable que eso le interese menos a la clientela!... de tal manera que, a ese respecto: el mismo blanco.

Hay otros comentarios que este pequeño incidente⁹ me obliga a resumir, por el tiempo que nos hizo perder.

Quisiera sencillamente decir que la insistencia que así mismo se hace recaer, la abundancia de desarrollos que conciernen a lo que se llama la “situación”, o también la “relación analítica”, ¿no están ahí también para permitirnos eludir el asunto que concierne al lo que toca al acto *analítico*?

Por supuesto, se dirá que el acto analítico es la interpretación. Pero como la interpretación es, seguramente, de manera cada vez más creciente en el sentido de la decadencia, aquello en lo cual parece más difícil articular algo en la teoría, por el momento no haremos más que tomar acta [*prendre acte*] (valga la expresión) de esta deficiencia.

Señalaremos que –de una manera que no deja de acarrear, debo decirlo, cierta promesa– tenemos no obstante en la teoría algo presente, que conjuga la función del analista (no digo la “relación analítica”, lugar hacia donde acabo de dirigir mi índice muy exactamente, para decir que, en esta ocasión, tiene una función de pantallaje), que la función analítica entonces se la asemeja a algo que concierne al registro del acto.

Ya veremos que esto no deja de conllevar promesas por esta razón: que si el acto analítico ha de precisarse en ese punto, por supuesto, para nosotros, lo más vivo y lo más interesante por determinar (que es el punto de abajo a la izquierda del cuadrángulo en lo que respecta al nivel en que se trata del inconsciente y del síntoma), el acto analítico tiene, diría yo de una manera bastante conforme a la estructura de la represión, una especie de posición *al lado*. Un

⁹ Se refiere al incidente del cable quemado [S.]

representante (si puedo expresarme así) de su representación deficiente se nos da con el nombre precisamente de *acting-out*, que es lo que he de introducir hoy.

Todos los que aquí son analistas tienen por lo menos una vaga noción de que ese término, su eje, su centro, lo da lo siguiente: que ciertos actos, al tener una estructura sobre la cual no todos deben ponerse de acuerdo necesariamente, pero en torno a los cuales podemos no obstante reconocerlos, pueden llegar a producirse en el análisis y en cierta relación de dependencia más o menos grande, no respecto a la situación o la relación analítica sino a un momento preciso de la intervención del analista; a algo entonces que debe tener alguna relación con lo que considero como no definido en absoluto, a saber, el *acto psicoanalítico*.

Como en un campo tan difícil no tenemos por qué avanzar como los rinocerontes sobre la porcelana, como vamos a avanzar despacio, tenemos con el *acting out* algo, algo sobre lo que parece posible atraer la atención de todos los que tienen la experiencia del análisis, de una manera que promete acuerdo. Se sabe que hay cosas que se llaman *acting out* y que eso tiene relación con la intervención del analista.

Señalé en qué página de mis *Escritos*, en mi diálogo con Jean Hippolyte sobre la *Verneinung*, donde puse de relieve un hermoso ejemplo, extraído del testimonio –en el que podemos confiar, pues se trata de un testimonio verdaderamente inocente (¡sobre todo en este caso!), el de Ernst Kris, en el artículo que escribió titulado *Ego Psychology and Interpretation in Psychoanalytic Therapy (Psychoanalytic Quarterly, volumen 20, número 1, enero de 1951)*. Señalé a lo largo y a lo ancho en ese texto mío, fácil de encontrar (lo repito, hasta di la página, uno de esos últimos seminarios y está en mi diálogo con Jean Hippolyte, el que viene después de *Función y campo de la palabra y del lenguaje*, llamado también el *discurso de Roma*), allí subrayé qué implica para Kris el hecho de haber intervenido (siguiendo un principio de método que es el que promueve la *ego psychology*) en el campo de lo que él llama “la superficie”, y que nosotros llamaremos, en lo que nos concierne, *el campo de una apreciación de realidad*.

En las intervenciones analíticas, esta apreciación de realidad desempeña un papel, en todos los casos en los términos de referencia del analista, ¡desempeña un papel considerable!

No es una de las menores distorsiones de la teoría aquella que consiste, por ejemplo, en decir que es posible interpretar lo que se llama manifestaciones de transferencia, haciendo que el sujeto sienta lo impropio que contienen las repeticiones –que constituirían su esencia–, lo desplazado, lo inadecuado respecto a ese –y que fue escrito e impreso tal cual– el campo, no de

la situación analítica, el confinamiento en el consultorio del analista considerado como constituyendo (así se lo escribió) ¡una realidad tan simple! El hecho de decir: “no ve usted hasta qué punto está fuera de lugar que tal cosa se repita aquí, en este campo, donde nos encontramos tres veces por semana” –como si el hecho de encontrarse tres veces por semana fuese una realidad tan simple–, tiene algo, seguramente, que deja mucho que pensar de la definición que hemos de darle a lo que concierne a la realidad en el análisis.

Como quiera que sea, es sin duda en una perspectiva análoga que el señor Kris se ubica, cuando teniendo que vérselas con alguien que –a sus ojos, los suyos, los de Kris–, se marca como acusándose de plagio, una vez que ha revisado el documento, que –a sus ojos, los suyos, los de Kris– prueba manifiestamente que el sujeto no es realmente un plagiario, cree deber, como intervención “de superficie”, articular que, en efecto, *él*, Kris, le garantiza que él no es un plagiario; porque el volumen en donde él, el sujeto, creyó hallar prueba de eso, ¡Kris fue a buscarlo y a encontrarlo! y que no vio nada especialmente original de lo que el sujeto, su paciente, se haya aprovechado.

Les ruego remitirse a mi texto, así como al texto de Kris, e igualmente (si pueden llegar a conseguirlo), al texto de Melitta Schmideberg,¹⁰ quien atendió al sujeto en un primer período o etapa de análisis.

Verán allí lo que implica de tan exorbitante pasar por esa intermediación, para abordar un caso en que, muy claramente, lo que es esencial no es que el sujeto sea realmente o no plagiario, sino que *todo su deseo* consista en plagiar; por la simple razón de que a él le parece que no es posible formular nada que tenga un valor si no lo ha tomado prestado de otro. Ese es el resorte esencial. Puedo esquematizar de manera tan precisa porque ahí está su resorte.

Como sea, luego de esta intervención, Kris mismo nos comunica que, tras un breve lapso de tiempo en silencio de un sujeto que, para Kris, acusa el golpe, enuncia sencillamente este menudo hecho: que desde hace un buen tiempito, siempre que sale de donde Kris va a absorber un buen platito de sesos frescos.

¿Qué es esto? No tengo que decirlo porque ya muy al comienzo de mi enseñanza subrayé el hecho de que esto es un *acting out*. ¿Cómo? Cómo (lo cual no era enteramente articulable en ese momento como ahora puedo hacerlo) sino así: que el objeto *a minúscula*, oral, está ahí en

¹⁰ Schmideberg Melitta, “*Intellectuelle Hemmung und Ess-störung*“, Zeitschrift f. psa. Päd., VIII, 3/4, 1934, págs. 109 a 116 (En inglés en el International Journal of Psychoanalysis, 1938, XIX, págs. 17 a 22).

cierta forma presentificado, aportado en un plato (es el caso decirlo) por el paciente, en relación [relation], en relación [rapport] con esta intervención. ¿Y luego qué?

¿Luego? Esto, por supuesto, sólo nos interesa, ahora –aún cuando por supuesto siempre tenga interés, permanente para todos los analistas–, si nos permite avanzar un poco en la estructura.

Entonces, a eso se lo llama *acting out*. ¿Qué vamos a hacer con ese término?

Ante todo –no nos detendremos, pienso, en esto–, es un defecto hacer uso de lo que se llama el “franglés”. Para mí, el uso del “franglés”, debo decirlo –creo tener cierto gusto por la lengua francesa–, no me incomoda en grado alguno. No veo, en verdad, por qué no adornaríamos nuestro uso de la lengua con el empleo eventual de palabras que no hacen parte de ésta. ¡Eso no me produce ni frío ni calor! Tanto más cuanto que no logro traducirlo de ninguna manera y porque es un término en inglés de una extraordinaria pertinencia. Lo señalo de pasada, porque a mis ojos es, en cierta forma, si puede decirse, una confirmación de algo, a saber, que si los autores –y no voy a relatar la historia de los autores que lo introdujeron porque me urge el tiempo–, si los autores se sirvieron de *acting-out*, del término *acting-out* en inglés, pues bien, sabían perfectamente qué querían decir y les voy a dar la prueba. No sirviéndome de lo que habría podido creer hallar en un excelente diccionario filológico fundamental (¡bueno! del que dispongo en mi casa, en trece volúmenes), el *New English Oxford Dictionary*: no hay huella de *act out*, pero me bastó con abrir el *Webster's* (que es también un admirable instrumento, aun cuando en un solo volumen y que se lo publica en América) para hallar en *to act out* la definición siguiente que espero encontrar de nuevo... aquí está: *to* (pido excusas por mi... por mi inglés... por mi articulación, mi *spelling*¹¹, insuficiente en inglés), *to represent*, entre paréntesis: *as a play, story and so on, in action*; entonces: “representar como un juego en la escena, una historia en acción, *as opposed*, en oposición, *to reading*, a la lectura, como por ejemplo, *as to act out a scene one has read*, entonces “como *act out* (no digo “representar” [jouer], porque es *act out*, ¿cierto? no es *to play*, ¿ah?), una escena que se ha leído”.

Hay entonces DOS tiempos: han leído algo... leen Racine, lo leen mal (¡por supuesto! apuesto a que lo leen en voz alta de manera detestable), alguien que está ahí quiere mostrarles qué es: lo representa [joue]. Eso es *to act out*.

¹¹ Palabra incierta.

Supongo que la gente que escogió ese término de la literatura inglesa para designar el *acting out* sabía qué quería decir. En todo caso, eso va perfectamente, yo *act out* algo, porque eso me fue leído, traducido, articulado, significado insuficientemente, o al lado.

Agregaré que si les sucede la aventura que puse en imágenes hace poco, a saber, que alguien quiera darles una mejor presencia de Racine, no es un buen punto de partida, será probablemente tan malo como su manera de leer. En todo caso, eso ya partirá en falso: ya hay algo de *al lado*, hasta mitigado, en el *acting out* introducido por tal secuencia.

Ese es el comentario en torno al cual espero aproximarme a lo que solamente interrogo hoy.

Para hablar de la lógica del fantasma es indispensable tener, por lo menos, alguna idea de dónde se sitúa el acto psicoanalítico. Esto nos forzará a una breve vuelta atrás.

En efecto, puede subrayarse, no es necesario decirlo pero es mucho mejor si se lo dice, que el acto psicoanalítico no es un acto sexual. Ni siquiera es posible hacerlos interferir en absoluto. Es enteramente lo contrario.

Pero, decir lo *contrario* no quiere decir lo *contradictorio*, ¡puesto que hacemos lógica! Y, para que se sienta, sólo tengo que ubicar el “tendido” analítico. ¡Para algo está ahí!

En el orden topológico hay algo de lo que me di cuenta, pero que constituye verdaderamente un problema, y de lo que los mitos poco se ocupan. Y, sin embargo, la cama, es algo que tiene que ver con el acto sexual.

La cama no es simplemente aquello de lo que nos habla Aristóteles para designar, lo recuerdo, a ese respecto la diferencia de la φύσις con la τέχνη. ¡Y nos presenta una cama de madera como si de un momento a otro pudiera empezar a echar brotes! Busqué bien en Aristóteles: no hay ni huella de la cama considerada como... no sé, lo que yo llamaría, en el lenguaje mío, y que no está lejos del de Aristóteles, el lugar del Otro. Tenía un cierto sentido del τόπος, también éste, cuando se trataba del orden de la naturaleza. ¡Es bien curioso! Habiendo hablado, en el libro H (si me acuerdo bien) de la *Metafísica* (pero no les aseguro)¹², de esa cama, de manera tan clara, nunca la considera como τόπος del acto sexual.

Se dice “hijo de un primer lecho”. Es algo que hay que tomar también al pie de la letra. Las palabras no se dicen, no se conjugan al azar.

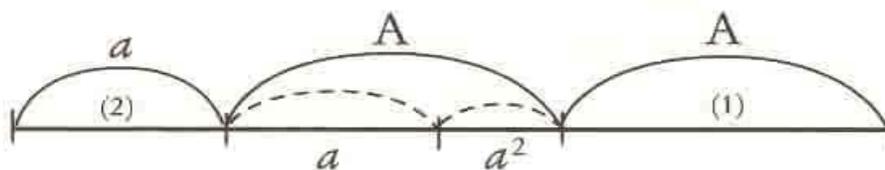
¹² Aristóteles, *Metafísica*, efectivamente H 4... pero sobre todo *Física II*, 193a. (H. R.).

En ciertas condiciones, el hecho de entrar en el área de la cama puede, tal vez, calificar un acto como teniendo cierta relación con el acto sexual (cfr. las callejuelas de las Preciosas). Entonces... la cama analítica significa algo: un área que no deja de tener cierta relación con el acto sexual, que es una relación, propiamente hablando, de contrario, a saber, que no podría de ninguna manera pasarse de esto. No obstante es una cama, y eso introduce lo sexual bajo la forma de un campo vacío o de un “conjunto vacío”, como se dice en alguna parte...

Y, entonces, si se remiten a mi esquemita estructural, puesto que es ahí que hemos ubicado ya al Otro sexual, es ahí también donde el acto analítico, en ningún caso, tiene nada que hacer. Queda esto y esto: el A mayúscula y el *a* minúscula y su relación... quiero decir, el otro A mayúscula del que... en últimas, bien me gustaría de cuando en cuando poder elidir las cosas pesadas, pero bueno, para quienes son sordos, para los que nunca me han escuchado, se trata justamente de ese campo del Otro, no porque duplique sino porque se desdobla de manera tal que, justamente, está allí¹³, en su interior, asunto de un Otro, en cuanto campo del acto sexual, y además porque este Otro, aquí, que bien parece no poder funcionar sin, y que es ese campo del Otro de la alienación –ese campo del Otro que nos introduce el Otro del A tachado [A], que es también el campo del Otro donde la verdad para nosotros se presenta, pero de esta manera rota, despedazada, fragmentaria, que la constituye propiamente hablando como intrusión en el *saber*.

Antes de atrevernos a siquiera plantear las preguntas que tienen que ver con ésta: ¿DÓNDE ESTÁ EL PSICOANALISTA?, hemos de recordar de qué se trata en lo que concierne al estatuto de lo que aquí designo como “segmento *a* minúscula”.

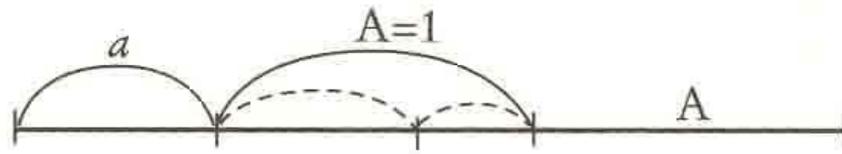
Creo que ya sintieron ustedes que es bastante claro que hay una relación entre ese *a* minúscula que está aquí (2) y ese A mayúscula que está acá (1), que tienen la misma función respecto a dos cosas diferentes.



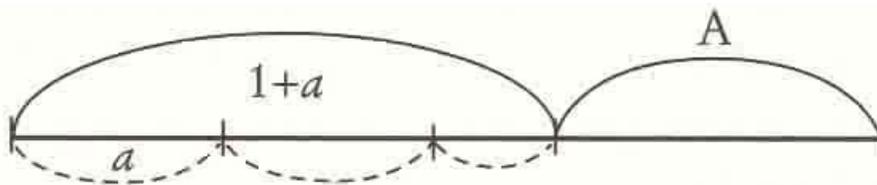
El *a* minúscula, forma cerrada, forma dada al comienzo de la experiencia analítica, forma como se presenta el sujeto, producción de su historia y hasta diremos más: desecho de esta

¹³ *il y est*, o también *il y ait* [tenga allí] [S.].

historia, forma que es la que designo con el nombre del objeto *a* minúscula, que tiene la misma relación con el A mayúscula del Otro sexual...



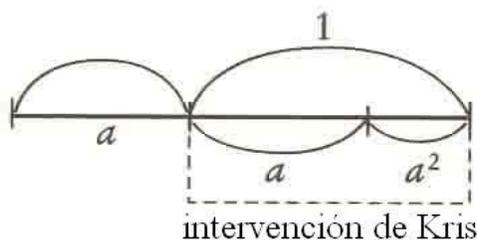
... que ese A de la verdad (del campo de *intrusión* de ese algo que cojea, que peca en el sujeto con el nombre de síntoma), la misma relación que ese campo *a* minúscula, ¿con qué? Con el conjunto.



$$\frac{a}{A} = \frac{A}{a+A}$$

Todo corte hecho en ese campo –lo cual no quiere decir que el analista que proceda allí deba identificarse con ese campo del Otro, pues se tendría evidentemente una cierta tentación a hacerlo (las burdas analogías entre el analista y el padre, por ejemplo), puesto que así mismo bien podría ser ahí donde funcione esa medida destinada a determinar todas las relaciones del conjunto, y particularmente, las del *a* minúscula con el campo del A mayúscula sexual–. No nos apresuremos, les ruego, hacia fórmulas tan precipitadas ¡tanto más cuanto que son falsas! Esto no impide que exista la más estrecha relación entre el campo del A mayúscula de la intervención verídica y la manera como el sujeto viene a presentificar el *a* minúscula, aunque sólo sea (como acaban de verlo en apariencia en el ejemplo tomado de Ernst Kris) a manera de protesta a un corte anticipado. Sólo hay un problema y es que justamente sólo está ahí al alcance de la intervención de Kris; tiene alcance en este campo, en la medida en que el análisis, digo, *en el análisis*, es un campo desexualizado.

Fig. XIV-4



Quiero decir que, en la economía subjetiva, es de la desexualización del campo propio del acto sexual que depende la economía, las repercusiones entonces, que tendrán el uno sobre el otro los demás sectores del campo.

Es por eso que esto bien vale (antes de que vaya más lejos, lo cual sólo tendrá lugar después de las vacaciones de Pascua, y esto porque la próxima de nuestras sesiones, que será la antepenúltima, la reservaré para alguien que me solicitó intervenir sobre lo que avancé por lo menos desde el comienzo del mes de enero, respecto a esta topología, la que comprende tanto los cuatro términos de la *alienación* como los de la *repetición*), bien vale en esas condiciones detenerse en lo que concierne a ese campo, en tanto que, en el análisis, es ahí donde está reservado el lugar del acto sexual.

Vuelvo sobre el fundamento de la satisfacción del acto sexual, en tanto que es también lo que le da el estatuto a la SUBLIMACIÓN. Vuelvo allí para, este año, no tener que llevar más lejos lo que introduzco sobre este punto.

¿Qué pasa con la satisfacción del acto sexual? Ésta resulta de algo que conocemos por la experiencia analítica, es decir, que, no de un *partenaire* al otro sino de cualquiera de los *partenaires* a la idea de la pareja como Uno, está esa falta –que podemos definir de manera diferente: falta en ser, falta en el goce del Otro–, esa falta, esa no coincidencia del sujeto como producto, en tanto él se adentra en ese campo del acto sexual. Pues él no es más que un producto, en ese justo momento. No necesita ni ser ni pensar ni tener su regla de cálculo... Entra en ese campo y cree ser igual al rol que ha de sostener allí. Esto, ya sea para el hombre o para la mujer. En los *dos* casos, la falta fálica (ya se la llame *castración*, en un caso, o *Penisneid*, en el otro), es ahí lo que simboliza la falta esencial.

De eso se trata. ¿Y por qué el *pene* resulta simbolizándolo? Precisamente por ser lo que, bajo la forma de la *detumescencia*, materializa ese defecto, esa *falta en goce*, materializa la falta que deriva, o más exactamente que *parece* derivar de la *ley del placer*.

En efecto, es en la medida en que el placer tiene un límite donde el *demasiado placer* es un displacer, que eso se detiene allí y que parece no faltar nada. Pues bien, es un error de cálculo, exactamente el mismo que haríamos, y puedo hacer que entiendan eso como hago que pase la bolita: les aseguro que si me entrego a un cierto número de pequeñas ecuaciones que tienen que ver con ese a , ese $1+a$, ese $1-a$, que es igual a a^2 y todo lo que resulta de ahí, les haré pasar, en un momento, como si nada que ese $2+a$ que ven ahí en la forma de ese a minúscula que está ahí y de éstos que valen cada uno: 1...

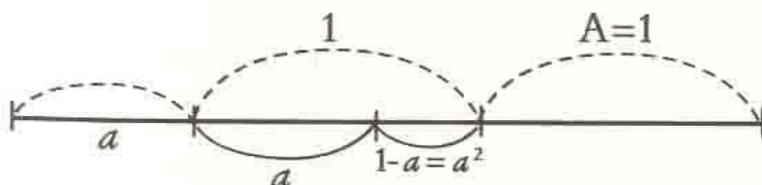


Fig. XIV-5

... se lo transformaría, por un error,¹⁴ por supuesto, en un $2a+1$ ¡sin que siquiera hayan visto fuego! Hoy no tengo tiempo para eso. Si quieren lo hago la próxima vez, cuando tendremos un pequeño debate, será fácil de hacer ¡y hasta muy divertido! No hay nada más divertido que esta bonita función que se llama *número de oro*.

El $1-a$ que está aquí, y del que es fácil demostrar que es igual a a^2 , es lo que tiene de satisfactorio el acto sexual. A saber, que en el acto sexual uno no se da cuenta de lo que falta.

Es toda la diferencia que hay con la *sublimación*. No es que en la sublimación se lo sepa todo el tiempo, sino que se lo obtiene como tal, al final; si acaso es que hay un fin de la sublimación.

Es lo que voy a intentar materializar para ustedes con el uso de lo que concierne a esta relación llamada *media y extrema razón*.

¿En la sublimación qué sucede? Lejos de que la falta que está aquí bajo la función de a^2 respecto a ese a minúscula que acaba de ser ubicado aquí sobre el 1, de la manera como ven más arriba... Lo importante de esta relación, ya lo dije la última vez, es la posibilidad de proceder por reducción sucesiva, que se produce así: proyectan aquí el a^2 y obtienen, respecto a lo que queda, a saber este a , otra sustracción del a , es decir, $a-a^2$, que resulta, es fácil de demostrar (así como a al cuadrado era igual a $1-a$) igual a a^3 , que se ubica aquí.

¹⁴ ¿Alude al probable error de la lección anterior?

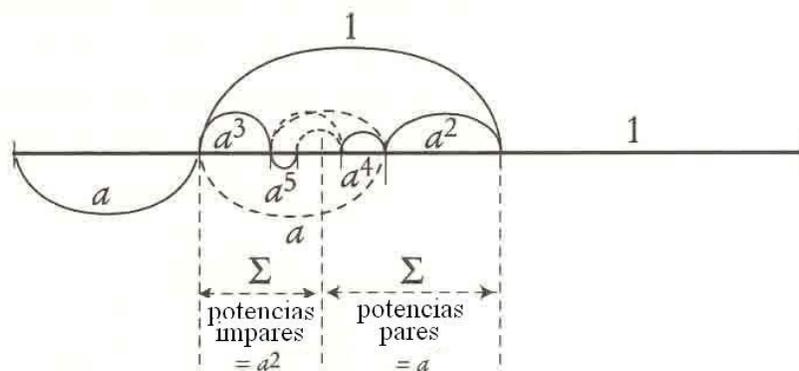


Fig. XIV-6

Esto es lo que obtienen tomando siempre el *resto*, y no por supuesto lo que reprodujeron del a^2 ; si proyectan así el a^3 , obtienen aquí un sector que tiene el valor de a^4 ; luego, lo proyectan y obtienen aquí a^5 . Tienen entonces todas las potencias pares de un lado, todas las potencias impares del otro.

Es fácil ver que irán, si puedo decirlo, al encuentro la una de la otra, hasta totalizarse en 1, pero que el punto donde se producirá el corte entre las potencias impares y las potencias pares es fácil de calcular: ese punto es muy precisamente un punto que se puede determinar por el hecho de que es igual al a^2 que se producía aquí primero.

Basta con que manipulen un poco esas proporciones sobre una hoja blanca para que puedan comprobarlo ustedes mismos.

¿Qué da esto en tanto estructura de la función sublimatoria?

Primero, que al contrario del puro y simple acto sexual, es de la falta que parte y es con ayuda de esa falta que construye lo que es su obra y que es siempre la reproducción de esa falta.

Como quiera que sea, no importa cómo se la tome —y la obra de sublimación no es necesariamente la obra de arte, pueden ser muchas cosas además incluyendo lo que estoy tratando de hacer aquí con ustedes, que nada tiene que ver con la obra de arte—, esta reproducción de la falta que llega hasta a precisar el punto en donde su corte último equivale estrictamente a la falta de punto de partida a^2 , es aquello de lo que se trata en toda obra de sublimación culminada.

Por supuesto, esto implica dentro del acto, una *repetición*: sólo retrabajando la falta de manera infinitamente repetida, se alcanza el límite que le da a la obra entera su medida.

Por supuesto, para que esto funcione, bien conviene que la medida sea justa al comienzo. Pues noten algo, con la medida a *minúscula*, que le hemos dado como siendo una medida

especialmente armónica, obtienen la fórmula siguiente: $1+a+a^2$ (etcétera, hasta el infinito, en cuanto a las potencias invocadas), es igual a $\frac{1}{1-a}$.

Esto no es solamente cierto para a de la justa medida, de aquella del número de oro, por cuanto esta nos sirve de imagen, para la medida del sujeto respecto al sexo en un caso ideal. Esto funciona para cualquier x , de no importa qué valor, con la única condición de que este x esté comprendido entre cero y uno. Es decir, que implica también, respecto al 1, cierto defecto o cierta falta.

Pero, por supuesto, la manipulación no será tan fácil respecto a la función repetitiva de la sublimación. Justamente, de lo que se trata es de lo que concierne, en el punto de partida, a ese a : el a no sólo tiene que ver, en el sujeto, con la función sexual; hasta le es anterior, y está vinculado pura y simplemente con la repetición en sí misma. La relación de a con $\$$, en tanto que el $\$$ hace esfuerzos por estar justamente situado respecto a la satisfacción sexual, es lo que se llama, propiamente hablando, el fantasma, y es aquello con lo cual este año deseamos tener que vernosla. Pero antes de ver cómo accedemos allí, a saber, al acto analítico, era necesario que yo articulara para ustedes, de una manera que ciertamente puede parecer alejada de los hechos —no lo está, ya lo verán, a tal punto que pueden creerlo cuando se hacen chistes sobre la presencia o no en su bolsillo de la regla de cálculo. Verán, al contrario, que es al introducir esas novedades en el orden estructural, que muchas confusiones, *colapsos*,¹⁵ embrollos de la teoría, pueden airearse de una manera que tiene su sanción en el orden eficaz.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila

Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELENS H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com

¹⁵ *Collapses*, en vez de *collapsus*, colapso. Puede ser *collapse*, en inglés, o col-lapses, cuello-lapsos [T.]